

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

VIDA RUTINARIA

Se descubrió bailando solo, en el interior de su cuarto a oscuras y tan sólo iluminado por el monitor de su computadora, la cual proyectaba un viejo clip de excelente música de los setenta.

Los parlantes envolvían el ambiente enviciado por cigarrillo tras cigarrillo, porro tras porro.

Hacía días que estaba encerrado en su cuarto, y tan sólo salía para comer y hacer sus necesidades. Sus padres estaban de vacaciones en las Playas del Lago Tammerlane, y no regresarían por unos diez días.

La cuestión que Héctor bailaba, bailaba con el reloj recorriendo el sendero de las tres de la madrugada. Bailaba y quería olvidar.

Exactamente cinco días atrás, había aprovechado la exacta partida de sus padres, para llevarse a su novia Abigail a su casa. Pero esa noche, tras una magnífica escena de sexo estalló una fuerte discusión, y rompieron.

Fue así que el muchacho se encerró en su cuarto y en su cabeza, y maquinando todas sus culpas y las de ella, todas sus razones y las de ella, se entregó por completo al duelo y las conclusiones que éste deparara.

Bailaba de un lado a otro. La música era perfecta para serpentear el esqueleto.

Por dentro, lloraba a gritos. No podía entender cómo era que el amor se terminaba. No podía entender cómo una seguidilla de pequeños eventos, colisionaban en una discusión definitiva. No podía creer que la había perdido. Incluso se atrevió a ser egocéntrico y jamás entendió como podía estar solo de nuevo.

- Tendría que haber dejado alguna “vela encendida” en alguna de las tantas que me gustan. – se reprochó, minutos antes del baile, mientras hurgaba en la computadora por un buen video musical.

Y allí estaba, drogado de marihuana y borracho de amor, perdido en llantos mudos que sacudían con crudeza su mandíbula, con los músculos anestesiados de llantos reiterados.

Y allí estaba, danzando.

El perdido monitor salpicaba cientos de colores y luces a las paredes blancas, mamarrachadas de firmas de amigos y de ella.

Dio un giro con los brazos en alto, se topó con el día del primer beso. Se movió a un lado, se movió al otro, y se hundió a abrazarla junto al Lago. Un meneo, un encerado de baldosas de elegante paso. La cabeza proyectando la noche de la discusión y aquella hermosa salida al zoológico.

Otra vuelta, las luces, el dolor y la pérdida de equilibrio.

Trastabilló hacia delante, quiso atajarse en el vacío, pero no pudo. Su cabeza se rompió en el filoso estante de metal de su biblioteca...

Y cayó muerto al piso.

La noche siguiente, abrió los ojos.

Miró a su alrededor y trató de comprender lo poco que interesaba por comprender.

Miró a un lado, a otro, y los cigarrillos estaban sobre la mesa de la computadora. Corrió a ellos, y encendió uno.

Miró al lugar de siempre, y la foto de ella continuaba quieta, fría, mirándolo eternamente. Algo tenía que hacer con la maldita foto. Algún día tomaría el coraje para esconderla...

Se encaminó a la computadora, y comenzó a buscar un buen video clip. Rato después, descubrió bailando solo, en el interior de su cuarto a oscuras y tan sólo iluminado por el monitor de su computadora, la cual proyectaba un viejo clip de excelente música de los setenta.

Los parlantes envolvían el ambiente enviciado por cigarrillo tras cigarrillo, porro tras porro.

Hacía días que estaba encerrado en su cuarto, y tan sólo salía para comer y hacer sus necesidades. Sus padres estaban de vacaciones en las Playas del Lago Tammerlane, y no regresarían por unos diez días.

La cuestión que Héctor bailaba, bailaba con el reloj recorriendo el sendero de las tres de la madrugada. Bailaba y quería olvidar.

Exactamente cinco días atrás, había aprovechado la exacta partida de sus padres, para llevarse a su novia Abigail a su casa. Pero esa noche, tras una magnífica escena de sexo estalló una fuerte discusión, y rompieron.

Fue así que el muchacho se encerró en su cuarto y en su cabeza, y maquinando todas sus culpas y las de ella, todas sus razones y las de ella, se entregó por completo al duelo y las conclusiones que éste deparara.

Bailaba de un lado a otro. La música era perfecta para serpentear el esqueleto.

Por dentro, lloraba a gritos. No podía entender cómo era que el amor se terminaba. No podía entender cómo una seguidilla de pequeños eventos, colisionaban en una discusión definitiva. No podía creer que la había perdido. Incluso se atrevió a ser egocéntrico y jamás entendió como podía estar solo de nuevo.

- Tendría que haber dejado alguna "vela encendida" en alguna de las tantas que me gustan. – se reprochó, minutos antes del baile, mientras hurgaba en la computadora por un buen video musical.

Y allí estaba, drogado de marihuana y borracho de amor, perdido en llantos mudos que sacudían con crudeza su mandíbula, con los músculos anestesiados de llantos reiterados.

Y allí estaba, danzando.

El perdido monitor salpicaba cientos de colores y luces a las paredes blancas, mamarrachadas de firmas de amigos y de ella.

Dio un giro con los brazos en alto, se topó con el día del primer beso. Se movió a un lado, se movió al otro, y se hundió a abrazarla junto al Lago. Un meneo, un encerado de baldosas de elegante paso. La cabeza proyectando la noche de la discusión y aquella hermosa salida al zoológico.

Otra vuelta, las luces, el dolor y la pérdida de equilibrio.

Trastabilló hacia delante, quiso atajarse en el vacío, pero no pudo. Su cabeza se rompió en el filoso estante de metal de su biblioteca...

Y cayó muerto al piso.

La noche siguiente, abrió los ojos.

FIN